

más — no me debe usted nada, porque ha pagado usted con usura mis servicios. Usted me arrebató de la senda del crimen y me hizo entrar en la de la virtud. Yo era un esclavo despreciable á los ojos de la sociedad, y admitiéndome usted en su casa, no como un criado, sino como un hermano, me ha tratado siempre como á tal, y ha proporcionado á este negro miserable una posición que no trocaría por la del potentado mas dichoso. Y cuando usted me prodiga mas favores de los que yo merezco, ¿pretende usted que no la hable con franqueza? ¿Que no la advierta el abismo que veo abierto ante los piés de don Enrique?...

El sonido de un récio aldabazo, vino en este momento á interrumpir la conversacion.

La marquesa se asomó al balcon y retrocedió gritando con alegría:

—Él es, Tomás... él es. ¡Albricias, corazón mio!

El negro corrió á abrir la puerta de la calle, y la marquesa se quedó contra su costumbre en la sala, reprimiendo sus deseos de abrazar á su hijo, para darle á conocer el desagrado que su conducta le causaba.

Al presentarse el jóven ante su madre, estaba encantador. Rubio como el oro, blanco al par de la nieve, con las mejillas encendidas por la agitacion de tantas horas de violentas sensaciones, reunia todos los atractivos de una criatura verdaderamente angelical.

La marquesa ardia en deseos de colmar de besos aquel rostro tan bello y animado, pero hizo un esfuerzo superior para contenerse, y recibió á su hijo con aparente frialdad.

—Hoy no vienes á abrazarme, mamá — dijo Enrique al entrar en tono muy jovial dejando el sombrero y los guantes en una

silla. — Mira, haces bien, y aunque te quiero mucho y deseaba verte, no esperes que me acerque á ti.

— Solo faltaba que te envanecieras de tu indiferencia — dijo con seriedad la marquesa.

— ¡Oh!... no por cierto, no es indiferencia, mamá... sino que vengo medio *chirlis*... y apesto á tabaco... Acabo de tirar la punta de un riquísimo cigarro veguero... ¡Sabe tan bien después del *Champagne*!... ¿Verdad que no me regañarás por eso? Hoy es carnaval... todo el mundo se *achispa*; pero no creas que no puedo tenerme... Aquí donde me ves, soy hombre de resistencia. No puedes figurarte las copas que he bebido... ya se vé, ese demonio de Julian es tan loco!... Otra copita, Enrique, me decia, y no queriendo yo ser menos que él, hemos destripado una porcion de botellas. Verdad es que no estábamos solos... nos acompañaban unas muchachas muy lindas. ¡Cáspita y como bebia la del dominó verde!... Pero he reñido con ella... ¡entrometida! Si vieras... se toma unas libertades con todo el mundo... ¡Mas coqueta!... mas habladora! Ha tenido el atrevimiento de llamarme pollo, que es lo que mas me carga en este mundo. Y de eso tú tienes la culpa, mamá, porque me tratas como á un chiquillo... y me aconsejas que no haga ciertas cosas... Pues mira, por eso he fumado y he bebido, y quiero hacer desde hoy en adelante todo lo que hacen los hombres, que al cabo no soy ya ningun muñeco, y no he de esponerme á que me afrenten otra vez, y me llamen pollo delante de todo el mundo. El hombre debe ser libre, ¿no es verdad Tomás? — Y dió una palmada en el hombro del negro gritando: — ¡Viva la anarquía!... ¡Jesus qué calor!... tráeme un vaso de agua, Tomás, que me ahogo.

Y quitándose la corbata se dejó caer en un sofá.

—¿Qué tal, eh?—dijo el negro en voz baja á la marquesa.— Se conoce que don Julian el juicioso ha cuidado del señorito.

—¿Qué estás hablando entre dientes? ¿No te he dicho que quiero agua?

—Anda, tráele agua—dijo la marquesa, y exhalando un suspiro añadió para sí:—¡Todo sea por Dios!

—¿Y por qué no te has acostado, mamá?

—¿No sabes que siempre te aguardo?

—Así es; pero las otras noches he venido siempre á una hora regular, y sabiendo que estaba en el baile, debias suponer que no volveria en toda la noche.

—No podia suponer que tuvieras tan mala cabeza—repuso la marquesa muy formal.

—Eso es... solo falta que ahora me regañes... No parece sino que aguardas á verme contento para enojarte conmigo—replicó Enrique con zalamería.—Y luego dices que me quieres!...

—Si has de seguir portándote de ese modo, no cuentes con el cariño de tu madre.

—¿Pues qué hago yo?

—Abusar de mi bondad. ¿Dónde se ha visto que un niño de tu edad pase la noche entera en un baile, fumando y bebiendo como un desenfrenado libertino?

—¡Siempre llamándome niño!... Si supieras lo que eso me aburre!

—No tienes mas que trece años, Enrique, y esa no es edad para hacer lo que haces. Tenerme toda la noche en vela... en continuo sobresalto... y el señorito haciendo calaveradas... llamando la atencion con su conducta pervertida. Mañana mismo lo escribo todo á tu padre para que te busque un colegio en Francia.

—Lo que es á París... de buena gana iria; pero no á un colegio. ¿Qué necesidad tengo yo de aprender mas de lo que sé?

—Debes aprender á ser hombre de bien.

—Eso sí, hombre de bien lo seré siempre.... ¡Si vieras, mamá, como me gusta socorrer á los desvalidos! Los pobres que me piden limosna, particularmente si son viejos, me dan una lástima... Y siento una satisfaccion tan dulce cuando les socorro, y les veo contentos y que me llenan de bendiciones... Tú me has dicho mil veces que la bendicion de un pobre es la bendicion de Dios. Si esto es así, Dios me bendice muchas veces al dia, y por consiguiente no puedo ser mal hombre.

Al oir hablar de este modo á su hijo, tentada estuvo la marquesa de darle un abrazo; pero su grata emocion duró poco. Estimulado Enrique por la fermentacion del *Champagne*, hablaba mas de lo que en otro caso le hubiera aconsejado la prudencia, y no tenia reparo en contar á su madre cuanto en el baile habiale ocurrido.

—Mañana no podré tener ese gusto—dijo en ademan melancólico.

—¿Cuál, hijo mio?—le preguntó su buena madre.

—El de socorrer á los necesitados. Un comerciante francés... ¡y que cara tan antipática tenia el hombre! Con unas narices mas amarrotadas y una sonrisa de imbécil... pero no tenia nada de imbécil... ¡Vaya un cuco!

—¿Y qué hacia ese comerciante?

—Hacia trampas, mamá.

—¿Cómo trampas?

—Como que se daba siempre el rey, y me ha dejado sin una blanca.

—¿Has jugado también?

—Y he perdido todo el dinero al écarté. ¡Qué juego tan bonito... para los que ganan!

—¡Con que también jugador!— exclamó con amargura la marquesa.

—Aquí está el agua—dijo Tomás presentándose á la sazón.

—Venga—y tomando el vaso, cantó Enrique aquella conocida copla del drama de Lucrecia Borgia:

A la muchacha bella
Que apura una botella
De rico moscatel;
Ciñámosle corona
Corona de laurel,
Corona, sí, corona,
Corona de laurel.

Mientras Enrique cantaba con entusiasmo su copla, dijo Tomás á la marquesa:

—Lo que debe usted hacer ahora, es que se acueste el señorito, pues en el estado en que se halla, toda reflexion que se le dirija es predicar en desierto.

—Está un poco alegre y nada mas—respondió la marquesa.

—Qué sosa está el agua—dijo Enrique devolviendo el vaso á Tomás.—Es un elemento que no debiera servir mas que para afeitarse, y por desgracia, no le necesito aun. ¡Oh! Cuando yo peine patilla... Unos deseos tengo de vérmela bien poblada para que no me llamen pollo.... Dicen que no hay quince años feos; pero yo preferiria tener sesenta. En cuanto á mujeres... estoy por las de quince... ¿Y tú, rúbio?

—Ahora á acostarse, que son las cuatro—dijo Tomás.

—Sí, toma esa luz, hijo mio—añadió la marquesa;—y buenas noches. Ruega á Dios que no te deje de su mano.

—Bien necesito dormir... ¡estoy mas cansado!... Buenas noches, mamá. Ahora ya puedes darme un beso, el agua me ha quitado la peste del humo y del vino.

La marquesa abrazó y besó á su hijo con la efusion de una tierna madre, y tomando otra luz se dirigió meditabunda á su aposento.

—Mira tú, cara de Orangutan—dijo Enrique á Tomás:—ven á quitarme las botas.

—¡Qué gracia!—exclamó con desagrado el negro, y siguiendo á Enrique, añadió para sí:—¡Cuántos males puede acarrear el ciego amor de una madre!

Tomás no se equivocaba; comenzaba una nueva era de infortunios para la infeliz marquesa, porque nada desgarrá el corazón de una mujer como los extravíos de sus hijos.

